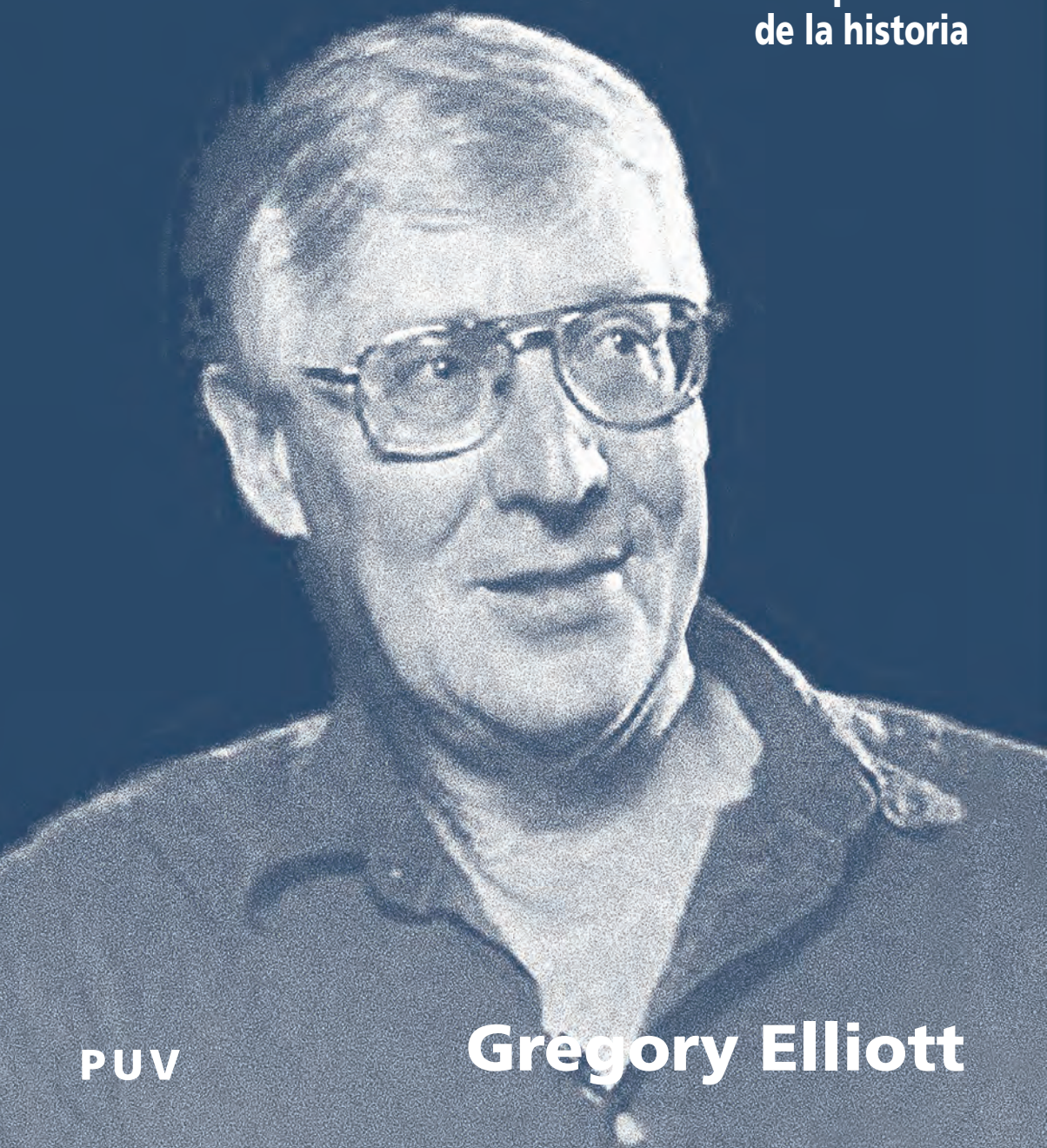


Perry Anderson

El laboratorio
implacable
de la historia



PUV

Gregory Elliott

PERRY ANDERSON
El laboratorio implacable de la historia

PERRY ANDERSON
El laboratorio implacable
de la historia

Gregory Elliott

Traducción de Gustau Muñoz

Universitat de València
2004

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni grabada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea fotomecánico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso de la editorial.

Título original: *Perry Anderson. The Merciless Laboratory of History*

© 1998, The Regents of the University of Minnesota

© De la presente edición: Publicacions de la Universitat de València, 2004

© De la traducción: Gustau Muñoz

www.uv.es/publicacions/
publicacions@valencia.edu

Fotocomposición y maquetación: Artes Gráficas Soler, S. L.

Corrección: Comunico, SB

Diseño de la sobrecubierta: Enric Solbes

Impresión: Artes Gráficas Soler, S. L.

ISBN: 84-370-5935-6

Depósito Legal: V. 2.027 - 2004

Para Neil Belton y Michael Sprinker

La obra de Deutscher sigue siendo una fuente insustituible para la cultura y la política del socialismo. Las razones hay que buscarlas en la espléndida combinación de cualidades que la adornan. Ante todo, tal vez, la serena solidez política desde la que Deutscher hizo frente a las contingencias de su propia época: su incommovible fidelidad a los ideales de Marx y Engels en medio de tantas conflagraciones en el curso de las cuales un edificio de la izquierda tras otro desaparecía pasto de las llamas, o debía ser reconstruido. Esa solidez era producto de su absoluta independencia de pensamiento, de la completa libertad de su persona y de sus ideas frente a las modas y fobias que se han apoderado recurrentemente de tantos intelectuales conformistas de Occidente, imponiendo una orientación detrás de otra, y que les han llevado a ser sucesivamente estalinistas y maoístas, estructuralistas y postestructuralistas, apóstoles de la Nueva Clase Obrera y de los Nuevos Movimientos Sociales, adeptos del eurocomunismo y del eurosocialismo. Pero esa independencia de espíritu era todo lo contrario del aislamiento sectario o farisaico... antes al contrario, se caracterizaba por una serenidad olímpica, era un iconoclasta visionario y un político perspicaz. Había mucho de todo eso en su personalidad. Un movimiento socialista sólo podrá florecer si es capaz de abarcar e incluir todos los ideales que él representó.

Perry Anderson, prefacio a Isaac Deutscher,
Marxism, Wars, and Revolutions (1984)

Índice

<i>Prefacio</i>	11
<i>Agradecimientos</i>	23
<i>Abreviaturas</i>	24
Demarcaciones	25
Ocasiones perdidas	83
¿Contra la corriente histórica?	181
El veredicto del mundo	295
Conclusión: la figura en el espejo	365
<i>Post scriptum a la presente edición</i>	371
<i>Bibliografía seleccionada</i>	385
<i>Índice onomástico</i>	407

Prefacio

Director durante largos años de la *New Left Review* y cofundador de New Left Books, analista del excepcionalismo inglés e historiador del absolutismo europeo, interlocutor durante un tiempo del trotskysmo y promotor del marxismo occidental, colaborador hoy en día de la *London Review of Books* y catedrático de historia en la Universidad de California, Perry Anderson goza de una relevancia especial ampliamente reconocida en la cultura marxista de lengua inglesa. Terry Eagleton pudo decir de él en 1992, antes de la muerte de Edward Thompson y de Ralph Miliband, y cuando la productividad tanto de Christopher Hill como de Eric Hobsbawm no daba muestra alguna de desfallecer, que era «el intelectual marxista británico más brillante».¹ Sea cual sea la valoración que nos merezca este juicio, una afirmación más reciente según la cual Anderson es «uno de los pensadores marxistas contemporáneos más destacados»² encontraría, sin duda, una aceptación muy general.

Sin embargo, sorprendentemente, su trayectoria no ha sido objeto de análisis hasta ahora. Diversas razones podrían explicar esta omisión. Entre ellas no es, tal vez, la menos importante el efecto disuasorio de un estudio en profundidad que suscita la obra de un políglota multidisciplinar capaz de conversar en al menos siete u ocho lenguas vivas (por no mencionar las dos muertas) impregnado del «universalismo olímpico» que él mismo atribuyó a los fundadores del materialismo histórico.³ En una época de especialistas, Anderson es un generalista –pero todo lo contrario de un ama-

¹ Terry Eagleton, en una reseña de Ellen Meiksins Wood, *The Pristine Culture of Capitalism: A Historical Essay on Old Regimes and Modern States* (Londres y Nueva York, Verso, 1991), *The Guardian*, 1 octubre 1992.

² Véase la informativa voz debida a M. A. R. Habib en Michael Payne (editor), *A Dictionary of Cultural and Critical Theory*, Oxford y Cambridge, Mass., Blackwell, 1996, pp. 27-28.

³ *Considerations on Western Marxism*, Londres, New Left Books, 1976, p. 13.

teur. Si un crítico especialmente cáustico ha pretendido que es autor de «una obra sinóptica que abarca desde el año 800 antes de Cristo hasta la última semana»,⁴ hay que decir que esa obra ha merecido la respetuosa atención de los especialistas autorizados (en el año 800 antes de Cristo o en la última semana), lo que es suficientemente indicativo de su calidad. Anderson, sin duda, es olímpico, tanto en el fondo como en su estilo (el superlativo se ha convertido en un lugar común de los comentaristas); pero, como dijo una vez De Gaulle, «las cimas nunca están abarrotadas».

Cualquier estudio de la trayectoria de Anderson, más allá de las inhibiciones que suscita en punto a competencia intelectual, se enfrenta a obstáculos formidables de material y de método. De entrada, se arriesga a ser prematuro. ¿Por qué razón Anderson, todavía de sesenta y pocos años, no podría emular a E. H. Carr, la mayor parte de cuya *Historia de la Rusia soviética* fue publicada cuando ya había cumplido los setenta?⁵ ¿O a Hobsbawm, que concluyó su trilogía sobre la modernidad capitalista, y la convirtió en una tetralogía, cuando contaba más de setenta años, y que es tal vez una comparación más pertinente, habida cuenta de que Anderson tiene pendiente la continuación del proyecto historiográfico iniciado con *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo* en 1974 y la ampliación de *Los fines de la historia* anunciada por Verso en 1993?

Como si esto –el carácter inconcluso de la obra exotérica de Anderson– no fuera suficiente, para complacer al menos al fetiche de la firma, cualquier recuento exhaustivo debería rastrear también las otras, cuasi-esotéricas, dimensiones de su obra, en su intrincada combinación. Que cabría resumir sumariamente de la siguiente manera: (1) la evolución editorial general de la *New Left Review* (*NLR*), dirigida por Anderson a partir de 1962 durante unos veinte años y en cuyos consejos de redacción parece que figura después como primero entre iguales; (2) sus colaboraciones anónimas o bajo seudónimo en la *NLR*; (3) sus manuscritos inéditos, algunos de la extensión de un libro; (4) el programa de la editorial vinculada a la *NLR* (*New Left Books* primero, Verso después) desde su concepción en 1970, así como los proyectos editoriales conjuntos con Fontana y Penguin; y finalmente (5) las actividades políticas y culturales relacionadas (por

⁴ Scott L. Malcomson, «Ten Thousand Megalomaniacs: Perry Anderson, Man of Steel», *Voice Literary Supplement*, marzo 1993, p. 21.

⁵ Esta es una cuestión sobre la que ha llamado la atención el propio Anderson, lamentando la pérdida prematura de Isaac Deutscher; véase el prefacio a Deutscher, *Marxism, Wars, and Revolutions: Essays from Four Decades*, ed. Tamara Deutscher, Londres, Verso, 1984, p. xviii.

ejemplo, en el movimiento estudiantil de finales de los años 60 o en la Socialist Society a principios de los años 80). Aparte de que habría que distinguir cuando fuese necesario, y posible, entre las posiciones individuales de Anderson y las institucionales de la *NLR*, el conjunto exigiría una adecuada contextualización, tanto intelectual como política, así internacional como nacional.

La aparición en la primavera de 1992 de dos importantes compilaciones de los ensayos de Anderson —*English Questions* y *A Zone of Engagement*—, que cabe entender como un «punto de inflexión» en su trayectoria político-intelectual,⁶ es una buena ocasión para intentar algo considerablemente menos ambicioso pero, esperémoslo, no desprovisto de algún interés: una reconstrucción elemental de esa trayectoria hasta ahora. Porque si bien ninguno de esos volúmenes tiene pretensión de ser completo, cada uno de ellos oscurece tanto como ilumina la evolución de su autor desde su irrupción en 1960.

En el prefacio a *A Zone of Engagement*, Anderson señala el contraste entre los tres primeros capítulos, que conceptúa como «estudios intramuros del mundo intelectual de la izquierda revolucionaria», y el resto, que culmina en un largo ensayo sobre Francis Fukuyama que extrae un núcleo racional de la cáscara mística de la filosofía de la historia moderna de este autor. El incipiente escepticismo de Anderson con respecto a la tradición marxista revolucionaria, que se podía percibir desde mediados de los años 80, afecta tanto a los recursos analíticos de esta tradición como a su capacidad de incidencia política. El materialismo histórico se enfrentaba como «teoría del desarrollo histórico» al desafío de la escuela angloberberiana de Gellner y de Giddens, de Runciman y de Mann; por su parte, el socialismo revolucionario había sido descartado ante «el ascendente societario de Occidente», certificado por la implosión de la perestroika de Gorbachov en el Este.⁷

En la recepción de los ensayos seleccionados de Anderson se detectaron síntomas de un cambio de postura. Una década atrás Alex Callinicos había constatado ya una «americanización» de la *NLR*, afirmando que «si una vez saltó el Canal en una tentativa de salvarnos del parroquialismo británico, ahora flota en algún lugar en medio del Atlántico en una soledad olímpica».

⁶ Véase el prefacio a *A Zone of Engagement*, Londres y Nueva York, Verso, 1992, p. xii.

⁷ *Ibid.*, pp. xi-xii.

ca», y comparó a Anderson con Plejanov.⁸ Ocho años después los críticos se aprestaban a dilucidar si Anderson era aún marxista o socialista en algún sentido, y no digamos ya revolucionario, y sospechaban que había aparecido un deuterio-Anderson, alguien que se alineaba con la Academia anglo-americana a la vez que cultivaba, vía la Comisión Europea, «una especie de leninismo socialdemócrata».⁹ ¿Dónde, se extrañaban algunos, está hoy el seguidor de Lenin y Trotsky, el azote del academicismo y del eurocomunismo? ¿Acaso Anderson se había embarcado en una «vía de contrabando al socialismo», despreciada por él mismo, se decía, en los años 80?

Trotsky escribió de Lenin que «pensaba en términos de épocas y de continentes, [mientras que] Churchill piensa en términos de fuegos de artificio parlamentarios y de *feuilletons*».¹⁰ Algo parecido podría decirse de Anderson (especialmente puesto que, entretanto, en política un día se ha convertido en un largo tiempo, y la última encuesta de opinión en un acontecimiento histórico). De este modo, Anderson habría asumido siempre la visión de largo alcance y habría jugado al juego más prolongado, mostrando la «capacidad de *esperar*» que se impuso a sí mismo Trotsky,¹¹ en oposición al pragmatismo reformista y también al mesianismo revolucionario. De hecho, parte del atractivo que ejerce sobre Anderson una cierta forma de trotskismo podría deberse precisamente a que éste representa, como dijo Sartre en los años 50 en un debate con Ernest Mandel, «un arte de la espera».¹² Sea como fuere, en su caso ese arte ha debido ajustarse invariablemente a la realidad ineluctable a la que se refería con una franqueza muy propia un miembro conspicuo de la Vieja Izquierda Británica en 1969: «Resulta difícil ser revolucionario en países como los nuestros».¹³

⁸ Alex Callinicos, «Perry Anderson and 'Western Marxism'», *International Socialism*, nº 23, primavera 1984, pp. 113-128; cit. pp. 124, 125, 127.

⁹ La expresión es de Malcomson, en «Ten Thousand Megalomaniacs».

¹⁰ Leon Trotsky, citado en Isaac Deutscher, *The Prophet Outcast – Trotsky: 1929-1940* (1963), Oxford, Oxford University Press, 1979, p. 19 n. 2.

¹¹ Cf. Norman Geras, «Literature of Revolution», *NLR* nºs 113-114, enero/abril 1979, pp. 14 y ss., sobre la «impaciencia política».

¹² Jean-Paul Sartre, *The Communists and the Peace* (1952-54), trad. Irene Clephane, Londres, Hamish Hamilton, 1969, p. 99.

¹³ Eric J. Hobsbawm, «Radicalism and Revolution in Britain», en *Revolutionaries: Contemporary Essays* (1973), Londres, Phoenix, 1994, p. 15. Anderson ha manifestado su admiración por esta compilación de ensayos («Communist Party History», en Raphael Samuel, ed., *People's*

Pero más allá de las discontinuidades significativas –otros puntos de inflexión– que han marcado la trayectoria de Anderson, también hay en ella profundas continuidades, que se reflejan en los temas histórico-políticos y en los tipos de respuesta recurrentes. Antiguo simpatizante del casticismo, Anderson apreció en su momento y respeta todavía el espíritu inspirador de la Declaración de La Habana de 1962: «La paciencia de Job no es propia del revolucionario». Hoy en día, empero, «en medio de tantas conflagraciones en el curso de las cuales un edificio de la izquierda tras otro (ha) desaparecido pasto de las llamas»¹⁴ –en su propio tiempo el guevarismo y el maoísmo, el eurocomunismo y el eurosocialismo, el trotskysmo y el «socialismo realmente existente»– parece como si Anderson tuviese muy presente una determinada versión del consejo que daba Isaac Deutscher a los comunistas desengañados en 1950. En una reseña de *The God That Failed* en la que hacía la apología del trío de cualidades invocadas por Anderson en el fragmento que me ha servido de epígrafe, Deutscher, en efecto, escribía:

Parece que la única actitud digna para el ex comunista es situarse *au-dessus de la mêlée*... Eso no quiere decir que el ex comunista... deba retirarse a la torre de marfil. (Su desprecio hacia la torre de marfil perdura en él por su pasado.) Pero podría muy bien replegarse a un *observatorio*. Observar con serenidad y agudeza este mundo enormemente caótico, escrutar con mirada alerta lo que de él surja e interpretarlo *sine ira et studio*.¹⁵

Interpretado en estos términos el autor de *English Questions* y *A Zone of Engagement* parecería menos un deutero-Anderson que un deutscher-Anderson, escarmentado de sus antiguas ilusiones en los diferentes «tercermundismos», en el potencial de regeneración democrática del Segundo Mundo y en la viabilidad del socialismo revolucionario en el Primero. Pero en un determinado sentido Anderson no se ha retirado al observatorio (aunque puede que hoy habite una torre de marfil). Porque a diferencia de Deutscher –que fue colaborador de Trotsky en la preguerra antes de con-

History and Socialist Theory, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1981, p. 149). Significativamente –y aquí Anderson difería temporalmente– Hobsbawm proseguía: «No hay razón alguna para pensar que en el futuro lo será menos». Para el diagnóstico que hace Hobsbawm del «predecimiento» revolucionario, véase pp. 16-17.

¹⁴ Prefacio a Deutscher, *Marxism, Wars, and Revolutions*, p. xx.

¹⁵ Isaac Deutscher, «The Ex-Communist's Conscience» (1950), incluido en *Marxism, Wars, and Revolutions*, pp. 49-59; la cita en pp. 57-58.

vertirse en su biógrafo en la posguerra—, Anderson siempre se ha situado en ese tipo de atalaya.

A pesar de la impetuosidad de juventud y de ocasionales intemperancias, la perspectiva histórica de Perry Anderson ha sido básicamente secular, y ha estado sincronizada, si no con la *longue durée* como tal, sí en todo caso con lo que él mismo ha llamado las «más largas *durées*».¹⁶ En todos sus cambios de orientación, motivados por los variables imperativos de coyunturas sucesivas en las que la aguda percepción del «eslabón más débil» ha sido un rasgo permanente de la mirada política de Anderson, subyace una especie de arraigado *attentisme*, distanciado en último término de las contingencias y vicisitudes de lo inmediato. Perry Anderson no suscribiría nunca la provocación de Fernand Braudel cuando dijo que «los acontecimientos son polvo». Pero tampoco consideraría que medio siglo es un largo tiempo en política. En un pasaje escrito una década antes de esta frase de Braudel, y que Anderson ha citado con aprobación, Trotsky sostenía:

En la escala de la historia veinticinco años, cuando lo que está en juego son los cambios más profundos en los sistemas económicos y culturales, pesan menos que una hora en la vida de un individuo. ¿Qué valor tiene una persona que, debido a los fracasos empíricos que sufre en el curso de una hora o de un día, renuncia al fin que se había fijado sobre la base de la experiencia y el análisis de toda su vida anterior?¹⁷

¹⁶ Véase el prefacio a *English Questions*, Londres y Nueva York, Verso, 1992, p. 2, para la descripción por Anderson de la óptica analítica de sus ensayos sobre historia británica. La más reciente de estas alusiones explícitas en su obra se encuentra en el «Diary» dedicado a Corea del Sur, *London Review of Books*, 17 octubre 1996, p. 29. En términos estrictos del uso por Braudel de estas distinciones en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, que entiende la *longue durée* estructural (geográfica) como «una historia de constante repetición, de ciclos siempre recurrentes» y el eventual *temps court* (político) como «perturbaciones de superficie», el nivel primario del análisis andersoniano corresponde al tiempo «medio» coyuntural (socioeconómico). En su ensayo de 1958 «La longue durée», Braudel decía que si el «tiempo muy, muy largo» existiese realmente, sólo podría ser «el tiempo de los sabios»: *Écrits sur l'histoire*, París, Flammarion, 1969, p. 76. Para las reflexiones de Anderson sobre Braudel, véase *Arguments within English Marxism*, Londres, New Left Books, 1980, pp. 73-76, y *A Zone of Engagement*, pp. 251-278.

¹⁷ Leon Trotsky, «The USSR in War» (1939), en *In Defense of Marxism: The Social and Political Contradictions of the Soviet Union* (1942), Nueva York, Pathfinder Press, 1990, p. 15; citado por Anderson en «Trotsky's Interpretation of Stalinism» (1983), en Tariq Ali, ed., *The Stalinist Legacy: Its Impact on Twentieth-Century World Politics*, Harmondsworth, Penguin, 1984, p. 123. Como señala Deutscher en la glosa de su cita parcial del pasaje, Trotsky «aplicaba la gran escala histórica a los acontecimientos y a su propio destino». Sin embargo, «su inclinación a

Casi sesenta años después, unas pocas horas en una vida, la fuente declarada de inspiración de Anderson es el estoicismo de Gramsci, cuya «fortaleza de espíritu... en las simas de su propia derrota... inspiró su decisión de unir la resistencia moral y la innovación política. En circunstancias parecidas, esa es la combinación que necesitamos en la actualidad.»¹⁸ *Comparaison n'est pas raison* —o no lo es siempre. Pero sea cual sea la identidad de la figura en el espejo de Anderson, revela una fidelidad perdurable a los ideales de toda una vida: un compromiso modificado, pero que no ha desfallecido, con la causa de la cultura y la política socialistas internacionales.

Si la caracterización es apropiada, sin duda desplaza el centro de atención de la sospecha de herejía en ciernes (por ejemplo, las ensoñaciones acerca de una burocracia europea capaz de mejorar las cosas) a la lógica de ese «universalismo olímpico» de Anderson, instalado en el observatorio pero desprovisto de coordenadas políticas en las que apoyarse. Esta postura ya era problemática en el pasado, cuando a pesar de todo la existencia de organizaciones socialistas de alcance global le permitían situarse en esa «parte de la burguesía» que, según el *Manifiesto Comunista*, «se pasa al proletariado» —«en especial una parte de los ideólogos de la burguesía, quienes han avanzado hacia la comprensión teórica de todo el movimiento histórico»¹⁹ y hablar en nombre de una internacional imaginaria que nunca llegaba a materializarse de manera satisfactoria. Sin embargo, con la *debacle* de las tradiciones socialistas en el siglo XX y con la crisis del marxismo —al principio enérgicamente negada, a la larga admitida a regañadientes— la posición de Anderson se ha ido haciendo cada vez más precaria, porque muestra un desarraigo creciente.

Contrariamente a diversas variantes hegelianas del marxismo, Anderson tendía a concebir el «socialismo científico» como la conjunción externa de un programa teórico de investigación y un movimiento práctico, y no tanto como «la expresión teórica del movimiento proletario».²⁰ En su forma

adoptar una perspectiva histórica dilatada no anulaba su sensibilidad hacia las injusticias y crueldades de su propia época, antes al contrario, la agudizaba. Denunciaba la perversión estalinista del socialismo tan apasionadamente porque nunca perdió de vista la perspectiva de un futuro socialista verdaderamente humano»: *The Prophet Outcast*, p. 512.

¹⁸ Prefacio a *English Questions*, p. 11.

¹⁹ Karl Marx, *Selected Writings*, ed. David McLellan, Oxford, Oxford University Press, 1977, p. 229.

²⁰ Frederick Engels, «Socialism: Utopian and Scientific», en Karl Marx y Frederick Engels, *Selected Works*, vol. 3, Moscú, Progress Publishers, 1977, p. 151. Para una perspicaz discusión de las implicaciones de la autoconcepción del marxismo clásico, véase Joseph McCartney, *Social Theory and the Crisis of Marxism*, Londres y Nueva York, Verso, 1990.

madura, el marxismo de Anderson —predicado, no obstante, de lo que el primer Lukács llamó «la actualidad de la revolución»²¹ entendía el materialismo histórico como ciencia explicativa de la historia y como crítica normativa del capitalismo. En el primer aspecto, el marxismo suministraba un conocimiento causal del pasado y del presente e informaba así la lucha por un futuro liberado, guiando a los agentes en la adopción de medios estratégicamente viables hacia el objetivo factible del socialismo. En el segundo, sin regresar al «socialismo utópico» que Marx, Engels y sus sucesores consideraban que habían superado, el marxismo no sólo aportaba razones para oponerse al capitalismo sino que, además, debía explorar la configuración institucional de un socialismo deseable (a ello instaba Anderson en los primeros años 80).

¿En qué queda esta perspectiva ante la *no* actualidad de un socialismo no ya revolucionario, sino ni siquiera reformista, en una época en que (poniendo cabeza abajo a Marx y Engels) «el movimiento *real* que conduce a la abolición del estado de cosas actual» no es el comunismo, sino el capitalismo global, cuando entre los trofeos conquistados por éste se cuentan los agentes y las estrategias, los partidos y los programas tradicionales de su antagonista histórico?²² Las condiciones de posibilidad de lo que un crítico llamó (privadamente) el «metatrotskysmo andersoniano» se han evaporado; pero sus hábitos persisten. (Considérese la serenidad imperturbable con que sopesa los escenarios posibles del socialismo en *Los fines de la historia*;²³ en definitiva, siempre ha sido el mundo en su conjunto, aunque no sus concreciones, lo que ha solicitado la dedicación crítica de Anderson.) Es la tenaz consistencia e integridad de su proyecto, resueltamente centrado en épocas y continentes en medio de tantas vicisitudes, lo que suscita las cuestiones más intrigantes.

La presente obra no pretende sino trazar (por decirlo con una expresión del propio Anderson) un «diagrama rudimentario» de su trayectoria.²⁴ No se propone abordar de manera exhaustiva su pasado ni establecer previsiones acerca de su evolución futura, sometida a fuerzas similares o diferentes.

²¹ Georg Lukács, *Lenin: A Study in the Unity of His Thought*, trad. Nicholas Jacobs, Londres, New Left Books, 1970, p. 11.

²² Cf. Karl Marx y Frederick Engels, *The German Ideology*, en *Collected Works*, vol. 5, Londres, Lawrence and Wishart, 1976, p. 49.

²³ «The Ends of History», en *A Zone of Engagement*, pp. 357-375.

²⁴ Véase el prefacio a *Passages from Antiquity to Feudalism*, Londres, New Left Books, 1974, p. 9.

Se ha llevado a cabo con la convicción de que esta trayectoria, en su singularidad misma y a través de ella, es ampliamente representativa de los contextos más amplios del anglo marxismo desde 1956. Y porque pienso que un retrato del caso individual puede lanzar bastante luz sobre el fenómeno colectivo. Su enfoque, fuera de las modas, centrado en la historia de las ideas, será el del propio Anderson, esto es, tratará de articular las historias «internas» y «externas» de sus textos en sus contextos (si bien con un sesgo, que tal vez sorprenda a algunos lectores, que lo considerarán indebido, más europeo que trasatlántico). Como escribe Anderson a propósito de los ensayos recogidos en *A Zone of Engagement*, para distinguir los procedimientos que emplea de otras metodologías rivales en historia intelectual:

Se centran en autores individuales... con el propósito de reconstruir su trabajo, en cuanto esto sea posible, como una unidad intencional, situada dentro de las corrientes intelectuales y políticas de su época. No presuponen una coherencia automática, ni tampoco una dispersión estructural, intrínseca a ellos, en los escritos analizados. Intentan, más bien, identificar contradicciones específicas en la argumentación, cuando las hay, y tratarlas no como lapsus fortuitos, sino como puntos de tensión sintomáticos, bien sea dentro del cuerpo mismo del pensamiento, o en relación con evidencias que van más allá de él.²⁵

Como muchos de los textos que considera, este estudio «se sitúa a medio camino entre lo histórico y lo político, en una tentativa de combinar algunas exigencias de la erudición con otras de la toma de partido».²⁶ En lo que se refiere a la erudición, bastará invitar a la corrección de errores de hecho, de interpretación y de valoración por personas más cualificadas. Pero hay algo que decir acerca de la toma de partido. *Perry Anderson. El laboratorio implacable de la historia* es la obra de un marxista independiente

²⁵ *A Zone of Engagement*, p. x. Cf. *In the Tracks of Historical Materialism*, Londres, Verso, 1983, p. 14, donde Anderson se refiere a los «protocolos para una reflexión marxista sobre el marxismo», dando prioridad a la historia «externa» (básicamente, política) sobre la «interna» (teórica). Como veremos, su despliegue de estos protocolos a la hora de establecer el rendimiento y destino del marxismo occidental tiene algo del deplorado resultado «reductivo». (Que se sigue de una conclusión apresurada: «la trayectoria de la teoría siempre ha estado determinada primordialmente por el destino de la práctica [popular]», deducida a su vez de una premisa que no admite excepciones: «La teoría marxista, empeñada en comprender el mundo, ha aspirado siempre a una unidad asintótica con la práctica popular que trata de transformarlo».) La aplicación de estos protocolos al marxismo de Anderson induciría muy probablemente efectos análogos, «forjándolo en el yunque de la política mundial».

²⁶ *English Questions*, p. 11.

y su propósito es aportar una crítica inmanente capaz de evaluar la «eficacia» del marxismo de Anderson en su «capacidad predictiva», en su propia tentativa de «aproximarse a una verdad general acerca de la época»,²⁷ una ambición evocada en el subtítulo, que retoma una expresión de Trotsky.

La cuestión central —aunque no la única— que determina la evaluación es si Anderson ha alcanzado a comprender la historia, esa historia que se marcó como objetivo interpretar. Porque si, por ejemplo, a la vista del uso que hace él mismo del criterio para juzgar la obra de otros, su propio fracaso en unir trabajo intelectual con actividad política no puede ser simplemente ignorado, tampoco debería dársele más importancia de la que tiene. Y no sólo porque hacerlo así merecería, sin duda, la invectiva de *tu quoque*, sino también porque hay que tomarse en serio la consideración (subrayada por Michael Sprinker)²⁸ de que diversas figuras con las que Anderson puede ser legítimamente parangonado, entre ellas algunas que influyeron directamente en su formación y evolución, de Sartre y Deutscher (marxistas sin adscripción), pasando por Althusser (comunista crítico), a Mandel (dirigente trotskysta), adoptaron todo un abanico de opciones que no llegan al ideal leniniano-trotskyista. Se expresen como se expresen, la facilidad de las acusaciones genéricas de teoricismo, academicismo, sustitucionismo, y así sucesivamente, dirigidas a los intelectuales marxistas, guarda una relación inversa a su utilidad. Sustituyen la explicación materialista de un estado de cosas objetivo, imposible de modificar por mucho voluntarismo que se le eche (como si una inyección mágica de «práctica» pudiese curar un catarro de la «teoría»), por el desprecio moralista. En la medida en que el problema está en las circunstancias, el error estriba más en olvidarse de él que en hacer de la necesidad virtud y tratar de interpretar el mundo lo más acertadamente que se pueda, cuando transformarlo se ha demostrado inviable. En cualquier caso, parece obligado advertir a los eventuales lectores que no hallarán en estas páginas un conjunto de posiciones totalmente correctas contrapuestas a los errores o desviaciones de Anderson. Sea cual sea la cantidad o la gravedad de éstos, a menudo habrá ocasión de constatar que se había planteado los problemas cruciales, y no se le reprochará la perplejidad a la hora de abordar su resolución. Cosa, por otra parte, en la

²⁷ *In the Tracks of Historical Materialism*, p. 14, un conjunto de conferencias cuyo primer capítulo se titula «Predicción y realización».

²⁸ Michael Sprinker, comunicación personal al autor, marzo 1996.

que por ahora tampoco se ha avanzado mucho que digamos desde otras coordenadas.

Los aspectos de Perry Anderson esbozados en este libro habrían sido menos y habrían quedado peor perfilados de no haber sido por el acceso que he podido tener a documentos inéditos, así como al testimonio de antiguos colegas de la *NLR*. Además, a partir de mucha conjetura (pero sin caer en la especulación), se ha intentado, dentro de ciertos límites, identificar textos publicados bajo otros nombres pero que presumiblemente pueden serle atribuidos. Como no dejé de señalar uno de los lectores editoriales de mi manuscrito, la existencia misma de este tipo de material en el caso de una revista —no así en el de un grupo o partido político— es, a primera vista, motivo de una cierta sorpresa. Sin embargo, tal impresión responde a la infravaloración del grado en que la vida interna de la *NLR* asimiló algunos rasgos típicos del *modus operandi* de una organización revolucionaria semi-clandestina. Por encima y más allá de las preferencias de quien fuera en una época su director y de las de sus colegas, esas prácticas tienen su origen, sin duda, en la persistencia —incluso en la extrema izquierda antiestalinista— de un legado destructivo del comunismo histórico.

Ya proseguiremos la reflexión sobre esta cuestión llegado el momento y si resulta pertinente. En la utilización de las fuentes a mi alcance he procedido de la siguiente manera. En el caso de los manuscritos personales inéditos que están firmados, bien por Anderson o por otros redactores de la *NLR*, no he citado, sino más bien parafraseado señalando el número de página. Contrariamente, cuando los documentos no llevan firma y ostentan carácter institucional, ha parecido razonable hacer uso directo de los mismos. (Tal ha sido el caso, por ejemplo, tanto de los estatutos y la declaración de principios de la *NLR* como de tres informes editoriales, que abarcan los años 1962-82, dirigidos al consejo de redacción.) Si esta es o no una solución elegante, ya lo determinarán jueces imparciales. Un riesgo evidente que he corrido es mezclar posiciones individuales e institucionales. Pero a falta de un procedimiento automático para resolver esta dificultad, lo mejor era proceder —y ver qué pasaba. Dada la indeterminación de autoría a la que hago referencia, no he incluido ningún inédito en la relación de escritos de Anderson que se adjunta a este estudio. La bibliografía, en cambio, consigna un buen número de textos anónimos o bajo seudónimo —a menudo muy breves, pero no por ello menos instructivos— a los que me he remitido. Pero no habría que considerarla infalible o totalmente completa. (Habría que dedicar más atención, por ejemplo, a investigar publicaciones

originales en lenguas extranjeras.) Sin salirnos de esta cuestión, vale la pena subrayar que el recurso a citar ampliamente fuentes primarias parece adicionalmente recomendable a la vista de la no disponibilidad actual de tres de los libros de Anderson –*Considerations on Western Marxism* (1976), *Arguments within English Marxism* (1980) e *In the Tracks of Historical Materialism* (1983)– y de la relativa inaccesibilidad de algunos ensayos clave (como, por ejemplo, «Problems of Socialist Strategy» [1965]).

Una última advertencia antes de entrar en materia. Aquellos lectores que esperen una contribución a la leyenda negra de la *NLR* con especial referencia a las crisis que se han sucedido en su seno a lo largo de su historia, se sentirán decepcionados. (La última, que motivó ataques y contraataques en la prensa liberal y fabiana, fue ampliamente aireada.)²⁹ El motivo no es simplemente el tacto o la discreción. En 1949 Deutscher se lamentaba de que «Clio, la Musa de la Historia, no ha conseguido que la dejen entrar en el Kremlin».³⁰ Cinco décadas después se le ha otorgado un acceso limitado allí, pero todavía tiene cerradas las puertas de Meard Street [sede de la *New Left Review*, N. del T.]. Habrá de ser un historiador futuro el que intente, y tal vez consiga, entrar.

²⁹ Un relato claramente favorable a los dimisionarios de la *NLR*, en Patrick Wright, «Beastly Trials of the Last Politburo», *Guardian*, 17 julio 1993, p. 29. El lector curioso encontrará una incursión en el terreno de la ficción satírica referida al ambiente de la *NLR* en la *roman à clef* de Tariq Ali *Redemption*, Londres, Chatto and Windus, 1990, especialmente el capítulo 9, «The New Life Journal» (pp. 91-106).

³⁰ Isaac Deutscher, *Stalin: A Political Biography* (1949), 2ª ed., Nueva York, Oxford University Press, 1966, p. xiv.

ISBN: 84-370-5935-6



9 788437 059358

biografías

Director durante largos años de la *New Left Review*, editor, historiador de renombre, autor de una vasta obra, referente de la izquierda europea, y actualmente catedrático de Historia en la Universidad de California, Perry Anderson –el «intelectual marxista británico más brillante» según Terry Eagleton– es una de las figuras más relevantes del marxismo en el ámbito anglosajón y más allá. En estas páginas se reconstruye minuciosamente la trayectoria intelectual y política de Perry Anderson en el contexto de la evolución de la Nueva Izquierda británica desde 1956 y, en general, de los cambios y transformaciones sociales, políticos y culturales del mundo occidental a lo largo del último medio siglo. A pesar de las significativas discontinuidades que cabe registrar en su trayectoria intelectual, Anderson sigue siendo un pensador fundamental de la izquierda, un historiador imprescindible cuyo énfasis en las perspectivas a largo plazo confiere una excepcional relevancia a su reflexión sobre el mundo actual. Además de una biografía intelectual de Perry Anderson que da cuenta de sus aportaciones más significativas en el campo de la historia y de la política, así como de las sonadas polémicas (por ejemplo, con Edward Thompson) en las que se ha visto envuelto, este libro es una aproximación rigurosa a la historia del marxismo occidental desde la posguerra, con sus días de auge y sus momentos de crisis y disolución. Perry Anderson ha sido un testigo y un protagonista privilegiado de esta historia. Asimismo, se estudia detenidamente la trayectoria de la *New Left Review*, una de las revistas internacionales más influyentes de toda esta época. La presente edición se enriquece con un *post scriptum* escrito ex profeso por el autor en el que se analiza la evolución más reciente de la obra teórica y las posiciones políticas de Perry Anderson.